

CAPÍTULO 20 LA GEOPOLÍTICA*

Helio JAGUARIBE
Andrés RIVAROLA
Rafas CALDUCH

SUMARIO: I. *Geopolítica*. II. *Geopolítica clásica*.

I. GEOPOLÍTICA

1. Área de análisis multidisciplinario de las ciencias sociales que estudia la influencia de los factores geográficos en la vida y evolución de los Estados, a fin de extraer conclusiones de carácter político que sirvan de guía al estadista en la conducción de la política interna y externa del Estado.

Si la política es la relación del hombre con el hombre tomado en su conjunto, es siempre “localizada” en espacios concretos. El hombre es un ser social, histórico, cultural, de dimensión terrestre, por lo que hace naturalmente “geopolítica”, aunque sea de modo no explícito.

No hay historia sino en espacios “especializándose”, lo que no impide que haya personas o comunidades que “cuentan” la historia con una gran desatención de los espacios. Pero la historia no es tiempo sino espacio y tiempo, los tiempos solos o los espacios solos son muy abstractos, tanto que la geopolítica es obviamente anterior a la “geografía”, una abstracción muy posterior, que separa la tierra de la política. El espacio humano está siempre cualificado políticamente. No hay Estado sin territorialidad. El espacio sólo es neutro en tanto no dominado por el hombre; apenas dominado, se “politiza”. Las luchas y los conflictos humanos implican siempre conflictos

* El texto está tomado del *Diccionario latinoamericano de seguridad y geopolítica*, editado por Miguel Ángel Barrios (dir.), Helio Jaguaribe, Andrés Rivarola y Rafael Calduch Cervera, Buenos Aires, Biblos, 2009, pp. 193-198. A pesar de que al final del libro aparece una sección con los nombres de los numerosos colaboradores de la obra, las entradas no registran quién o quiénes las han escrito. Agradezco de todo corazón a la Editorial Biblos su amable autorización para la publicación de este texto (nota del editor).

y desplazamientos espaciales en todos los niveles: desde la casa, pasando por la fábrica hasta el Estado.

En *La nueva geopolítica de la energía*, Michael Klair afirma que el término en cuestión pareciera venir de otra era, de fines del siglo XIX, pues “geopolítico” o “competencia geopolítica” puede significar la competencia entre grandes poderes y aspirantes a ser poderes por controlar territorios, recursos y posiciones geográficas importantes, como puertos, canales, sistemas de ríos, oasis y otras fuentes de riqueza o influencia. Si se mira hacia atrás, se verifica que tal tipo de enfrentamiento ha sido la fuerza dirigente en la política mundial y especialmente del conflicto mundial en gran parte de los siglos recientes. Afirma: “la geopolítica como un modo de análisis fue muy popular desde fines del siglo XIX y hasta la primera parte del siglo XX. Si usted estudiaba entonces lo que los académicos llamaban hoy en día «relaciones internacionales», habría estado estudiando geopolítica”.

En su libro *Hacia una nueva estrategia internacional*, Juan Gabriel Tokatlán realiza el siguiente análisis: “la geopolítica —la intersección y graduación de los factores materiales y espaciales en el diseño y práctica de la política exterior— parece haber retornado y adquirido un significado relevante en el despliegue de la gran *strategy* de los Estados Unidos”.

A su vez, en *Teorías en pugna de las relaciones internacionales*, James E. Dougherty y Robert L. Pfatzgraff concluyen que

el medio, entonces, suministra un punto focal excepcional, no sólo para la teorización antigua y contemporánea, sino para la teoría política y normativa de las relaciones internacionales de los años futuros, porque en última instancia todas las políticas exteriores y de los demás modelos de interacción internacional se plantean en un entorno político, social, cultural y geográfico.

Henry Kissinger no duda en sostener que los Estados son los principales actores de la política internacional, es decir que

países como Rusia, China, Japón e India siguen teniendo de la nación la misma visión que tiene Estados Unidos y que tienen los Estados europeos antes de la Segunda Guerra Mundial. Para ellos, la geopolítica no es algo execrable, es la base de su análisis interno y de sus acciones externas. El concepto de interés nacional todavía mantiene unida a la opinión pública dirigencial. El equilibrio de poder afecta sus cálculos, en particular en sus relaciones recíprocas.

Concluye: “la mayor comprobación de que la geopolítica existe son los cambios de mapa” (“Se desplazan los polos del poder”, *Clarín*, Buenos Aires, 3 de agosto de 2004).

Paul Kennedy reflexiona que “no se puede obviar la geopolítica, la cual puede definirse como la influencia de la geografía en la política, la forma en que la distancia, el terreno y el clima afectan los asuntos de Estado y de hombres” (“Estados Unidos no puede dejar al mundo librado de su suerte”, *Clarín*, Buenos Aires, 29 de junio de 2004).

En *El gran tablero mundial* Zbigniew Brzezinski dice que “se ha de ser sensible al hecho de que la geografía política sigue siendo un aspecto muy importante en los asuntos internacionales. Se dice que Napoleón afirmó cierta vez que reconocer la geografía de un país equivale a conocer su política exterior. Nuestra valoración de la importancia de la geografía política debe adaptarse, sin embargo, a las nuevas realidades del poder”. Para Brzezinski, la Guerra Fría “en algunos aspectos representó una contienda más que ideológica de raíz geopolítica —la dimensión geopolítica no podrá quedar más clara—: América del Norte versus Eurasia disputándose el mundo”.

“Geografía y poder político parecían haber tomado cierta distancia recíproca”, dice el analista argentino Oscar Raúl Cardoso, pero en realidad la interdependencia de la economía global nunca ha anulado los presupuestos centrales del pensamiento geopolítico, reafirma en “Petróleo: las razones que mejor explican la geopolítica (*Clarín*, Buenos Aires, 17 de junio de 2007).

La geopolítica es una teoría y una acción de análisis de la política exterior de los Estados en el sistema-mundo, que atraviesa todas las dimensiones de las ciencias sociales.

Pero todo esto es demasiado general. Lo que importa concretamente puede enunciarse mediante las siguientes preguntas: ¿por qué geopolítica en América latina? ¿Puede haber una geopolítica latinoamericana? ¿Puede interesar? ¿No sólo habrá geopolíticas argentinas, brasileñas, peruanas, chilenas, venezolanas, etcétera? ¿Puede tener un impulso y una referencia unitarios, latinoamericanos?

Como primera aproximación, es posible sostener que no hay pueblo en plenitud sin “autoconciencia política de su tierra”. La cultura latinoamericana, el pueblo latinoamericano —compuesto por todas nuestras patrias—, para su autoconciencia requiere gestar también su “conciencia geopolítica” mediante la unión. La unidad como realización práctica comienza en la cabeza, en la inteligencia. Para la segunda independencia hay que conocer América Latina, tener una perspectiva temporal-espacial, no abstracta, no declamativa. Sólo la perspectiva geopolítica salvará al subcontinente de lo amorfo.

A pesar de que es escasamente conocida en los ámbitos universitarios e incluso militares, la geopolítica latinoamericana tiene enormes antecedentes, especialmente en lo que atañe a una geopolítica del conjunto, de un más allá de las patrias chicas, hacia el paradigma del Estado continental.

Una geopolítica latinoamericana lleva a la recuperación de Simón Bolívar y José de San Martín, de la generación inconclusa de la primera independencia. Luego de ellos se perdió la visión totalizadora, y con la balcanización, quedaron los fragmentos dispersos.

En el siglo XX vuelve el latinoamericanismo, innovador con respecto al hispanoamericanismo. Brasil se incorporaba entonces al destino continental retomando el origen común de Portugal y Castilla. Se trataba de América Latina de variante portuguesa, según Manuel Ugarte, pues dejó de cumplir el rol de satélite directo de Inglaterra como en la primera mitad del siglo XIX.

Quien acuñó el concepto geopolítico de la Patria Grande fue también Ugarte, el argentino de la generación del 900 que ya en 1901 busca la creación de los Estados del Sur.

El venezolano Rufino Blanco Fombona, el bolivariano de la generación del 900, tiene una polémica apasionante con el geopolítico inglés William Stead, quien plantea, al iniciarse el siglo XX, la “americanización” del mundo. Blanco Fombona recurre al programa geoestratégico de los Libertadores, en las nuevas condiciones del siglo XX, para salir al cruce de esa concepción.

Este embrionario pero fundamental pensamiento geopolítico latinoamericano comienza a articularse de modo independiente, por dos caminos, a fines de los años veinte. Por un lado, con Víctor Raúl Haya de la Torre —hijo de la tradición de Ugarte— y el indoamericanismo con su teoría de “espacio-tiempo”, al fundar el primer partido nacional popular, el APRA, se plantea como meta la unidad de la Patria Grande y se diferencia de regiones de Indoamérica importantes. Por otro lado, con su libro *Proyección continental de Brasil* de 1937, el general Mario Travassos facilitó un diseño del conjunto de América del Sur. También Travassos habla ya no de países sino de regiones, y señala a Bolivia como el “corazón de América del Sur”.

Los dos enfoques —el latinoamericanista de Haya de la Torre y el brasileñista Travassos— en el siglo XXI se hermanan, cuando en aquel momento eran opuestos. Así es la dinámica de la historia, movimiento perpetuo.

Juan Domingo Perón es el máximo totalizador de la geopolítica latinoamericana. Plantea la integración histórica de San Martín y Bolívar —el polo hispánico— complementariamente a la geopolítica de la integración

sudamericana. Para Perón, la unidad empieza por la conjunción argentino-brasileña en el macizo subcontinental, es decir, desde la unidad sudamericana hacia la unidad latinoamericana, a partir de la equipolaridad hispánico-lusitana de América del Sur. Heredero de la tradición latinoamericana de Manuel Ugarte —quien fuera su embajador— y de la geopolítica de Friedrich Ratzel, proclama la formación del Estado continental como única posibilidad de escapar de la dominación a partir de la Unión. Es el primer teórico y geopolítico realista de la autonomía periférica de América Latina, y su geopolítica y geoestrategia poseen una contemporaneidad absoluta en el sistema-mundo del siglo XXI.

Posteriormente, la industrialización —que dio origen al llamado “milagro” brasileño, en asociación con un Estado autoritario militar y con grandes corporaciones— hace emerger la figura del general Golbery de Couto e Silva, quien resume su pensamiento en *Geopolítica de Brasil*, donde se advierte una pretensión de “subimperialismo” por parte de ese país. La primera reacción no podrá venir sino de una “frontera” sensible, Uruguay. El socialista nacional uruguayo Vivian Trías responde con su libro *Imperialismo y geopolítica en América Latina*. Pero los mismos brasileños también cuestionaban tal pretensión. Entre ellos, el más notorio fue el riograndense Paulo Schilling. En la Argentina, el general Juan Enrique Guglielmelli planteó su oposición a estas pretensiones en sus escritos en estrategia.

Esta preocupación rioplatense ante la marcha hacia adentro de Brasil tiene otro antecedente, el libro *Ejército y política* del argentino Arturo Jauretche, publicado en 1958, donde se muestra la coherencia de la geopolítica brasileña y la falta de una geopolítica argentina.

En 1967 Alberto Methol Ferré publicó *El Uruguay como problema*, editado posteriormente como *Geopolítica de la Cuenca del Plata en la Argentina*, con prólogo de Arturo Jauretche; libro de enorme repercusión en el Río de la Plata. Su tesis central consiste en la viabilidad de los países del subcontinente si no se latinoamericanizan. Plantea que el rol de Uruguay es ser a la vez “Banda Oriental” y “república cisplatina”. La solución inglesa del “Estado tapón” como neutralización en el Río de la Plata había llegado a su fin. De alguna manera, esta obra narra la falta de destino de los países sudamericanos si no dan el salto al Estado continental. También en 1967 aparecía en Montevideo el libro del general Perón *América Latina: ahora o nunca*. Se trata de distintos hitos que marcan que una geopolítica latinoamericana constituye una exigencia nacional en la segunda independencia.

II. GEOPOLÍTICA CLÁSICA

Las escuelas predominantes en el análisis geopolítico son la inglesa, la americana, la alemana y la francesa. Sus concepciones son aceptadas y seguidas por otras escuelas como la rusa, la española y la italiana, en conexión con la alemana.

La escuela inglesa tiene en Halford Mackinder a su mejor exponente. Sus análisis tienen gran vigencia hasta la actualidad. En 1904 presenta su teoría: mientras en Europa todos están construyendo botes, no pueden detener el crecimiento de la gran potencia —Rusia— que, con el transcurso del tiempo, la desplazará del poder mundial.

Pero el poder que hubo de crecer desde entonces está volviendo ahora a los centros de donde emergió. Los organismos políticos más débiles quedarán desplazados. Esto sucederá porque comienza a haber una saturación del poder: sin nuevas cosas que conquistar, la lucha se dará entre los mejores y sellará el destino de los peores. Mackinder habla de Rusia, que es inaccesible por medios marítimos. La historia atestigua que el gigante ruso nunca pudo ser conquistado. Con el ferrocarril transiberiano en 1891, Rusia comenzaba a tener una espina dorsal que le proporcionaría poder de un extremo a otro. Si Alemania se aliara con Rusia, dice, constituiría un imperio mundial. Llamará el “corazón de la Tierra (*heartland*) a lo que antes llamó el “área pivote”. El concepto que reemplaza a Eurasia es el de “isla mundial”; quien rige la “isla mundial” domina el mundo.

Mackinder señaló la necesidad de separar Alemania de Rusia, cosa que se cumplió después de la Primera Guerra Mundial con el establecimiento de Polonia, Checoslovaquia, Hungría y Rumania. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial habrá dos *heartlands*: uno en Eurasia (como el anterior) y otro que consiste en un enorme puente marítimo entre Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia. La conformación de la posguerra le ha dado la razón, dado que el pacto de Varsovia representa el primer *heartland* y la OTAN, el segundo. Preanuncia así la bipolaridad.

La escuela americana, con pensadores como Alfred Mahan y Nicholas Spykman, toma como punto de partida la expansión territorial por vía de la economía de mercado, para obtener el orden universal en compensación a sus sacrificios, sin pasar por alto la fuerza militar que sirve como soporte de garantía y seguridad ante las inversiones del Estado americano.

Mahan sostiene la importancia del poder de las fuerzas marítimas para transportar el abastecimiento de materias primas a la gran industria y llevar manufacturas a puertos a fines de la Primera Guerra Mundial. Hasta en-

tonces, la fuerza del poder económico americano se encontraba en la bolsa de valores pues, para su política exterior, la nación que quisiera conquistar el mundo debería ser rica.

Este autor estudia seis factores que influyen en el poder marítimo: la posición física, la conformación geográfica, la extensión del territorio, el tamaño de la población, el carácter nacional y el tipo de gobierno.

Spykman propone la teoría del *rimdland* (borde centro orilla). Quien lo domine dominará Eurasia y así, mediante la cooperación de fuerzas marítimas y aéreas, América logrará un doble anillo de defensa en la isla mundial.

La escuela francesa estudia la influencia de los fenómenos geográficos en la vida del Estado y la capacidad del hombre para modificar la geografía y el ambiente. Lo que da importancia a dos temas fundamentales: la cultura y los recursos naturales. La importancia de la cultura se basa en que busca un sentido ontológico de mejor calidad de vida del ser humano y de relaciones con su sociedad, éstas se darán siempre que se favorezca una buena educación y se expanda el conocimiento mediante la investigación. Entonces el Estado entrará a salvaguardar estos fines bajo una perspectiva geocultural. En cuanto a los recursos naturales, esta escuela afirma que, puesto que pueden ser renovables o extinguidos, el Estado debe regularlos y adquirirlos mediante su soberanía para evitar una crisis interna como consecuencia de la escasez de estos recursos.

La escuela alemana, inspirada en Mackinder, proponer que no sólo se debe observar el poder marítimo sino el terrestre. Denomina “área pivote” aquellas zonas donde no es posible acceder por vía marítima y pueden ser recorridas sólo por el ferrocarril.

Afirma que el que domine el corazón central dominará la “isla mundial” y, así, el mundo; además, sostiene que los ciudadanos de un imperio de alcance mundial deberán ser capaces de visualizar las condiciones geográficas y pensar imperialmente; por lo tanto, hacia ese fin debería dirigirse la enseñanza.

Karl Haushofer hace énfasis en tres aspectos: la autarquía, el espacio fronterizo y la capacidad militar. Este autor fundamenta parte de sus pensamientos en Ratzel. Su interés principal consiste en el *Lebensraum*, el espacio vital, que tiene conexión directa con la autosuficiencia, pues es el espacio que puede autoabastecer sus recursos y por ende satisfacer sus necesidades. Por esta razón, afirma que cada país debe desarrollarse por sí mismo y califica las actuaciones de los países colonialistas como egoístas y burdas puesto que no permiten el desarrollo de cada país con su propia sociedad sino que pretenden imponer sus actividades para conquistar sus propios objetivos.